

Epifanía del Señor (01-07-24)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

Esta Fiesta de la Epifanía (“fanos” significa revelar y “epi” es alrededor), esta salida de la revelación de Dios que es revelada en Israel a todos los pueblos de la tierra, es una fiesta muy importante porque el Dios que acompañó a los hebreos toda su vida y que se fue mostrando poco a poco en diversas situaciones muy difíciles (sobre todo, siempre protegió a los más humildes y se identificó con ellos), realiza la promesa de una permanencia con el pueblo de Israel como medio de una apertura a todos los pueblos.

Por eso, cuando nace el Niño no solamente nace para Israel, para los hebreos, nace para todos los pueblos de la tierra. Y, hoy día, en el día seis, se celebra la Navidad en las iglesias que están más allá de Israel, en la parte del Asia (a eso le llamamos las iglesias de rito oriental). Y esto es muy importante porque, entonces, nuestro Dios es un Dios que quiere incluir en su amor a todos sin exclusión y, para eso, nos ha creado de tal manera que su Espíritu lo ha depositado en nosotros para que lo busquemos y, buscándolo, lo encontremos. Y lo encontremos, justamente en los más pequeños.

El Papa ayer decía, en el discurso que hizo, que es curioso que vayan a ver al pequeño porque hay una relación entre Dios y los más pequeños. Hoy día, hemos visto que en el Salmo 28 se habla de los pobres que son cuidados especialmente por Dios, porque Dios se fija siempre en los pueblos que están en dificultad, como los pueblos que

están en guerra ahora, el mismo Israel y la misma Palestina.

Hoy día, sobre todo, necesitamos siempre mirar a los pequeños y contemplar en ellos a Dios, porque de los pequeños se abre la esperanza del mundo siempre. Y como hemos dicho otras veces, cada vez que Dios quiere salvar a la humanidad, hace nacer un niño. Y se demora un proceso largo para que, en un proceso de generaciones, pueda encontrarse soluciones.

Yo felicito también a todos los que se dedican a los niños y a los jóvenes porque, a partir de allí, se renueva la sociedad y se puede abrir un nuevo camino.

Quiero contarles que, por ejemplo, en la Hermandad del Señor de los Milagros estos días, hemos nombrado una nueva directiva, pero ya toda formada por las nuevas generaciones porque hemos tenido a un buen mayordomo, José Soto, al que estamos muy agradecidos de su servicio. Yo le decía que para mí sería más cómodo nombrarte a ti, sin embargo, tenemos la obligación, por el Señor, de dejar a las nuevas generaciones que vayan creciendo.

Si no tenemos la apertura a las nuevas generaciones, la historia se cierra y nos “apolillamos”, nos “llenamos de moho”, nos “llenamos de hongos”, porque todo lo que se encuentra cerrado y no se abre no es realmente humano ni tiene las características de cómo Dios nos ha creado.

San Agustín dice: “Nos hiciste, Señor, para Ti, y nuestro corazón estará siempre inquieto hasta que no descanse en Ti”. Y, por tanto, en el ser humano hay siempre una búsqueda, una apertura. Y qué bonito que estos astrólogos (porque son unos magos que leían a las estrellas), también

se abren a la novedad. No son magos de esos que hacían brujerías y tonterías, sino astrólogos porque se abren al Señor a través del discernimiento de los puntos de referencia que hay en el cielo, respecto a los fenómenos que ocurren en la Tierra. Eso les permite a los pueblos, muchas veces, sembrar o no sembrar por el peligro que pueda haber (si no hay lluvia, si hay sequía). Y ellos las van apuntando y son como unos guías de las comunidades porque tienen esa capacidad de leer la relación que hay entre las constantes del cielo y los fenómenos que pasan en la tierra.

Lo importante es que los magos estaban abiertos siempre a las novedades y se dejaban mirar de alguna manera. Ellos no sabían que era el Espíritu de Dios que iba guiándolos para encontrar al Niño y para que, a través de ellos, toda la gente de los pueblos de Oriente, pudieran enterarse de que el Dios que había llegado a Israel es para todos y no es exclusivo de Israel.

A veces, ha habido esa tendencia de pensar que Dios es exclusivo para algunos. Uno de los problemas actuales del mundo es que hay concepciones apropiadoras del Señor o de Dios que son como excluyentes. Pero si es verdadero, ese Dios no excluye, sino incluye con su amor a todos y los trata de ir llevando por el camino del bien.

Quedémonos hoy día con un aspecto importante: Ellos vieron al Niño, a la mamá de Jesús y, entrando en casa, se pusieron de rodillas y lo adoraron. Qué importante es esta frase: “y ellos lo adoraron ...”, porque uno de los problemas que más tenemos hoy día en el mundo es que no nos detenemos a ver y adorar al Señor en cada circunstancia.

En este caso, se trata de un acontecimiento divino, que es a la vez humano.

Y, entonces, al no detenernos, no podemos entrar en lo profundo que está aconteciendo, y nos tomamos las cosas superficialmente y todo empieza a banalizarse. Necesitamos contemplar, adorar, y mucho más nosotros en la Eucaristía, donde está la presencia de Cristo en el Pan consagrado, que es el que recibimos en la comunión. Eso implica saber y profundizar en todo lo que significa ese acontecimiento, que es Dios que entra en nosotros y nos va transformando de ser simples humanos pecadores en personas que cada día se parecen más al amor de Dios porque aprenden a amar.

Cada vez que comulgamos aprendemos un poquito del amor de Dios, y el Señor quiso que lo comiéramos para que, justamente, entrara en nosotros la plenitud de su amor y nos hiciera mejores, nos hiciera más responsables. Por eso, entonces, quisiera recordarles eso porque hoy día vamos a hacer dos cosas: al final de la Misa voy a dar la bendición con la custodia donde está la Hostia para que recordemos que esa Hostia, esa Eucaristía es para nosotros sagrada como cristianos, y así debemos ser respetados todos en nuestra vida como creyentes. El centro de la fe cristiana es la Eucaristía, que venimos a adorarla, la comemos y, luego, salimos transformados a mejorar el mundo con el amor que se nos ha dado. Es el Dios que se da en comida para alimentar nuestra capacidad de amar.

Y, por eso, en estos días ha habido una cosa que es muy triste y quiero referirla: ha habido una especie de programa (me parece en YouTube), en donde han hecho una denigración de la Eucaristía hablando de que pueden jugar

con ella y que pueden hacer una serie de sortilegios y tonterías. Y eso es un daño muy serio porque nosotros debemos saber respetar la creencia mayoritaria de un pueblo, la fe de un pueblo que, mayoritariamente, es cristiano, es católico y respeta las cosas de la fe, así como respetamos el Señor de los Milagros y también el Evangelio y las distintas religiones que puede haber.

Todas las religiones son respetables porque en el Perú hay libertad religiosa, y todos tenemos que ser respetuosos de las creencias de todos. Y qué pasa que, estas personas que estaban en ese programa empezaron a ver cómo se usa la Eucaristía y cómo se roba de las iglesias, incitando a que se hagan brujerías con ese tipo de cosas. Esto es una cosa muy delicada y sería que rechazamos completamente.

Y rechazándola, a la vez, queremos llamar la atención de algo muy importante: con los símbolos nacionales nosotros no podemos hacer eso. Nadie usa como papel higiénico la bandera nacional, nadie usa la huella de los mártires, héroes nacionales que han dado su vida por nosotros, porque son para todos sagrados y es una especie de sacralidad civil. Nosotros también tenemos nuestra sacralidad religiosa, y cada comunidad religiosa tiene el deber de proteger y mantener en fidelidad aquello que adoramos.

Y, por lo tanto, merecemos respeto de todo el mundo y nosotros también aprender a respetar el camino de las personas. Solo que hay un límite en donde la opinión de la persona puede cruzarse y hacer una cosa negativa contra algo muy importante para un grupo de la comunidad (en este caso, la mayoría de los peruanos).

Por eso, hoy día quisiéramos, a través de la bendición que vamos a hacer al final con la Eucaristía, recordar lo sagrada que es la Eucaristía y los sagrados que son todos los valores humanos y espirituales que nos unen como peruanos, porque se está despertando, en la sociedad, una tendencia a la frivolidad, al espíritu despreciador de todo, sin principios, sin fundamentos, y, por lo tanto, estamos fomentando una anarquía, un caos, en donde no hay fundamentos. Y eso no es cierto, existen esos fundamentos y es necesario respetarlos y amarlos de verdad.

Así como tenemos que respetar la libertad de prensa y tenemos que respetar a todas las personas que investigan seriamente lo que está pasando en el país, y no se les puede perseguir como se ha hecho también en los últimos tiempos, tampoco se puede quitar el respeto a la Eucaristía y a los valores de la fe de las distintas religiones, en especial, el catolicismo, que tiene un peso importante en la historia del Perú y que es reconocido en el artículo 50 de la Constitución.

Reconoce, la Constitución, el valor de nuestra Iglesia en la historia, valor social, cultural y moral para construir nuestra Patria. Y, entonces, hago un llamado a todos, creyentes y no creyentes, a que todos pongamos, en primer lugar, los valores que nos unen y los aspectos religiosos de esos valores, muy en alto. Y no jugar en ningún momento, ni incitar a jugar con las cuestiones que son sagradas para todos nosotros, en especial, la Eucaristía.

Por eso lo recordamos a todos, y todos en la Iglesia vamos a abordar un cierto luto por esos maltratos que se han

sufrido, pero, ciertamente, ayudemos a que todos recapaciten, especialmente, las personas que toman en juego cosas que son muy delicadas.

Que Dios nos bendiga y los proteja, hermanos. Y que todos seamos como los magos: dóciles, adoradores del Niño Jesús que viene a salvarnos a todos sin distinción.

Amén